

Presentación

Casi sin darnos cuenta han pasado 4 años de la aparición de estos trípticos, por casualidad, junto a nuestra compañera **Isabel Rueda Lozano**, se nos ocurrió la idea de sacar mensualmente un pequeño apunte de las cosas de nuestro pueblo, y sin darnos cuenta, llevamos 48 números, 4 años, sin faltar ni un solo mes a nuestra cita con todos los malleneros.

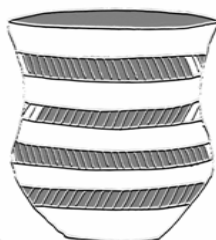
Muchos son los temas que hemos tratado, pero todavía son más los que nos quedan por tratar, que esperamos que poco a poco vayan llegando a su cita con todos vosotros.

Queremos agradecer muy sinceramente a todas esas personas que nos han ayudado en la elaboración de estos trípticos, así como de forma muy especial, al Ayuntamiento de Mallén, y a todos sus funcionarios, sin los cuales este *sueño* no hubiera sido posible. También a todas esas personas que se van coleccionando estos trípticos y que los esperan con mucho interés.

Como no podía ser de otra forma para celebrar estos 48 números nos hemos decantado por la leyenda del Santo Cristo de la Columna, que Francisco Córdoba y Franco, escribió en su historia de Mallén, *Manlia y Mallén*, y que pensamos que no puede faltar en ningún hogar mallenero.



AYUNTAMIENTO
DE
MALLÉN
(ZARAGOZA)



**ASOCIACIÓN
CULTURAL
BELSINON**
MALLÉN (ZARAGOZA)

www.belsinon.com

MALLÉN

Nº 48 ABRIL 2005

LEYENDAS:
SANTO CRISTO
DE LA COLUMNA

La tiernísima historia de la sagrada imagen que encabeza estas líneas, probará hasta qué punto los de Mallén somos también los hijos predilectos del Santísimo Cristo de la Columna.

Y sin embargo, Mallén no conserva documento alguno escrito acerca de tan venerada Imagen, como no sea la mención que en los libros más antiguos de esta iglesia se hace ya de su capilla, y la antiquísima pintura conservada en la pared de la misma casa en que se verificó el milagro, en un todo conforme a la que veneramos en la iglesia parroquial.

La tradición constante de Mallén que todos en nuestra infancia hemos aprendido de la boca de nuestros padres, así como éstos a su vez la aprendieron de los suyos, es la siguiente.

La iglesia de Mallén, tan notable ya desde su fundación, no sólo por su magnificencia, sino también por las milagrosas imágenes de la Madre de Dios que en ella se veneraban, no tenía sin embargo más imagen de nuestro

adorable Redentor, que la del pequeño Crucifijo que hoy se venera en la capilla de la sacristía.

Los mismos prelados cesaraugustanos en sus pastorales visitas a esta iglesia, notaron tan visible falta, y mandaron construir a la mayor brevedad una imagen de N.S.J.C. Pero en aquellos tiempos era tan difícil encontrar un artífice que se encargada de hacerla, que los años iban pasando y la iglesia de Mallén nunca tenía su deseada imagen, hasta que el cielo se dignó mandarle un artífice celestial.



Érase una tarde airosa y fría del mes de marzo. Casi todos los malleneros se retiraban ya presurosos a sus casas, y tras de sí cerraban cuidadosamente sus puertas para que el viento casi helador que soplabá no penetrase por ellas, cuando he aquí que un pobrecito de noble aspecto y de risueño semblante, llamó en una de las casas situadas junto a las ruinas de la antigua mezquita.

En ella vivían unos pobres, pero muy buenos cristianos, los que tan pronto como oyeron la voz del mendigo, bajaron presurosos a darle la mitad de su pan.

Al fijar en el pobre su vista, notaron en su semblante un no sé qué de extraordinario que les conmovió: E interesándose por él, ya que la noche comenzaba a cerrar, le ofrecieron su casa para que la pasase en ella, a lo que el

mendigo accedió, dándoles las mayores muestras de gratitud.

Durante la larga trasnochada, no hablaron otras conversaciones que las propias de un santo, tiempo de cuaresma en que se hallaban; Y forzosamente vinieron a parar en la del deseo que tenían los de Mallén de poseer para su iglesia una imagen del Redentor.



Y como el pobre les dijese qué él se comprometía a hacerles una, y en muy breve tiempo, aquellos sencillos cristianos le contemplaban asombrados y parecían no

dar entero crédito a sus palabras: Mas viendo su tranquilo semblante y su venerable figura, se determinaron a que pusiese en practica su ofrecimiento.

Como hubiese manifestado su deseo de estar solo y sin nadie que le molestase mientras se ocupaba en su obra, a la siguiente mañana le metieron en el cuarto un leño y las toscas herramientas que de la próxima carpintería le habían proporcionado justamente con las provisiones necesarias para su sustento, y le cerraron cuidadosamente la puerta con la orden de no abrirla hasta que él avisase.

Mas como se acercaba ya la noche del tercer día y ni el pobre llamase, ni se oyese ruido en la habitación, se decidieron a entrar y ver qué había sido del mendigo y su obra.

Decir lo que sintieron aquellas pobres gentes al abrir la

puerta, sería imposible, pues ni ellos mismos sabían darse cuenta de lo que les pasaba. Vivísimos resplandores salían del centro de la estancia: una luz celestial iluminaba toda la habitación, y en el centro de ella, colocada sobre el mismo leño que dos días antes habían metido, se hallaba la dolorosísima imagen del Santísimo Cristo atado a la Columna, sin saber nadie qué había sido del mendigo que la construyó.

Con la velocidad de un rayo corrió la noticia por todo Mallén: Gritos de júbilo resuenan al momento por todas partes; las gentes todas corren en tropel a venerar la sagrada imagen. Mas como la casita donde se verificó el prodigio es tan pequeña que muy pocos son los fieles que pueden entrar dentro, quedándose todos los demás en la calle sin poder satisfacer su piadoso deseo; los sacerdotes, que fueron los que primero habían acudido al lugar del prodigio, toman en sus brazos la sagrada imagen y, atravesando las principales calles de la villa, la conducen aquella misma noche a la iglesia parroquial, en donde hasta el presente ha sido venerada por los hijos todos de Mallén, que se glorían de tener en el Santísimo Cristo de la Columna, el remedio para todas sus necesidades, el consuelo en todas sus aflicciones, y el celestial protector durante toda su vida; ante cuya sagrada imagen son presentados en el momento de su Bautismo, y en cuyo sagrado altar se celebran después de su muerte todos sus sufragios, para que lavadas con su preciosísima sangre, vuelen pronto sus almas al reino de los cielos.